

personas de todos los Faraones con sus carrozas y sus caballos y sus caballeros en las aguas del mar Rojo. Sobre todos nuestros corazones se imprimían las palabras libertad, igualdad, fraternidad; y en todas nuestras frentes se imprimían esas palabras cual estrellas que brillaban como fulguraciones del Evangelio universal. Un cántico semejante al cántico de Israel cuando salió de su cautiverio, hendía los aires, entonado por todos los pueblos en coro. Parecía que tocábamos la tierra prometida y que íbamos á entrar en el definitivo derecho. Parecía que mientras los Reyes se precipitaban y caían de sus tronos, penetrábamos nosotros en el cielo resplandeciente de todas las ideas progresivas. Una brisa consoladora esparcía por el mundo europeo la serena confianza en lo porvenir. Resonantes las tribunas, fecundísimas las prensas, en lo alto el Verbo revelador, en lo profundo el pueblo redimido, ¿quién podía temer, quién, por la democracia y por la libertad?

Fuimos profetas en el año cuarenta y ocho, y no fuimos estadistas. Por ideal tomamos un enorme número de utopías, no probadas en experiencia ninguna, y por método una revolución violenta sin límite y sin medida. Creímos que bastaba con supremo esfuerzo abrir la tierra y derramar en los hondos surcos los gérmenes para que brotasen las nuevas instituciones á guisa de una vegetación espontánea. Nos reíamos del tiempo creador, como de cosa baladí, y nos imaginábamos en la eternidad á manera de dioses omnipotentes, creando un planeta y encendiendo un sol, nunca visto, á los soplos de nuestros labios y á los ecos de nuestras palabras. Y cuanto prescindimos del tiempo, tanto prescindimos del espacio. Ninguna circunstancia del minuto aquel hijo el pensamiento nuestro. Todo suelo, toda sazón, toda temperatura, parecíanos á propósito para el ideal. ¿Qué realidad política se resiste al derecho teórico, tan claro y tan justo? ¿Qué generación humana desdeña la libertad? No quisimos enterarnos de si entendían las ideas nuestras aquellas gentes, ó si hasta ignoraban ellas nuestras personas. Puesto que la República francesa nos había parecido tan hermosa con proclamarla desde una barricada en la capital del género humano, todo se salvaba. Puesto que la República romana, en otros tiempos, había esclarecido al planeta, con formularla en sonoras palabras desde la cumbre del Capitolio y del Aventino, quedaba hecha. Los pensadores alemanes, antes del cuarenta y ocho, proponían la unidad germánica; pues los políticos alemanes, después del cuarenta y ocho, la confirmaban, y salían de tal confirmación real, vivaz y robusta, hecha y derecha. El socialismo vago se mezclaba con estas múltiples aspiraciones por doquier extendidas en tropel. Este soñador creía resolverlo todo con fundar un ministerio del progreso, que lo reconociera su titular y dueño. Aquel revolucionario resolvía el problema social encerrando los jornaleros en talleres nacionales parecidos á viejos monasterios. El falansteriano se levantaba todas las noches á ver si la tierra iba entrando en el período de armonías y surgiendo las siete lunas teñidas por los siete fundamentales colores en los cielos infinitos. El proudhonista prometía resolver todas las contradicciones económicas, estableciendo un Banco de crédito popular

gratuito, sin designar de dónde iban á sacar sus valores, y destruyendo la moneda que fué al cambio de los productos, como imprenta y alfabeto al cambio de las ideas. Este misticismo humanitario, esta difusión de tempestuosos ensueños, tantas inspiraciones en luminosos enjambres, tantos Apocalipsis y metamorfosis suprasensibles y sobrehumanos; el arpa gigantesca de una poesía desenfadada tañendo triunfales odas en los oídos; la metafísica pura sembrando de astros ideales todos los cielos del espíritu, nos dieron algo del carácter de aquellos videntes como Simón *el Mago* y Apolonio Thyaneo, capaces de milagros en su theurgia, quienes fluían celestiales revelaciones en los labios elocuentísimos, y volaban por los aires, como si tuvieran alas ó los alzase un imán gigante; con los nervios todos sacudidos, con la doble vista penetrando en las entrañas de lo porvenir; más tan fuera de la realidad, á cuyas exigencias deben atender siempre los políticos en todos los actos de su vida, que las obras fabricadas entre aquellos estremecimientos de nuestros nervios en desarregladas neurosis, y entre aquellas visiones de nuestros ojos estáticos á extraño magnetismo, se disiparon derretidas todas al fuego de tanta idealidad, y sin dejar otra cosa tras de sí que cenizas y humaredas dispersas á los cuatro vientos.

Ni aun los pueblos más avezados á la libertad pudieron exentarse á tal racha revolucionaria. Bástanos para comprobarlo, el ejemplo de los cartistas ingleses, que prometían y predicaban la revolución; ó el ejemplo de aquel Sunderbund fundado en Suiza que trajo la guerra civil al seno de una República, de una libertad y de una democracia incompatibles con toda guerra. Imperando la revolución tomaron todas las obras de tal edad ese carácter pasajero y deleznable que corresponde á los seres efímeros. En el cuarenta y ocho se había separado Sicilia de los Borbones; y al año consecutivo la fuerza y la violencia de unas tropas mercenarias remachaban el hierro que de antiguo esposó la hermosa isla con sus aborrecidos y aborrecibles Monarcas. Poco tiempo menos duró la República romana. Dirigida por estadistas superiores, auxiliada por cuerpos francos milagrosamente reunidos, puesta en estado de otra defensa por todos los revolucionarios italianos que libraban en ellas las últimas esperanzas, mantuvo un sitio digno de tiempo aquel, en que rechazó á Caroliano Annibal; pero no hay fuerza suficiente á contrastar otras quintuples fuerzas superiores, y la Roma republicana sucumbió á la suma enorme de los batallones franceses austriacos, españoles y napolitanos reunidos en su asedio. Ningún esfuerzo contrastaba las imposiciones del hado. Apóstoles como los triunviro de Florencia, caían heridos por el mismo pueblo á quien imaginaban en su candor sublime haber salvado y redimido. Carlos Alberto, caballero en su montura de guerra, se parecía en lo pronto de sus golpes y en lo rápido de sus marchas á esas figuras legendarias, entrevistas por los combatientes entre los espejismos naturales del combate. Bien pronto el desastre de Novara estalló causándole un efecto tan mortal como á Catón la entrega inevitable de Utica. Milán cayó bajo Baderstok y mientras Carlos Alberto enterraba en el Occidente de nuestra Península, su per-

sona real destronada y sus esperanzas nacionales extinguidas. En vano Venecia opuso á los croatas el muro de las lagunas como diez siglos antes los venetos habianlo entre las irrupciones opuesto á los bárbaros con mayor fortuna: cayó también al golpe de la reacción esta sublime República veneciana, que había maravillado al mundo con su desesperadísima heroica defensa. Lo mismo le sucedió á la triste Asamblea de Francfort. Aunque ocuparon su tribuna todos los pensadores germánicos y corrieron las ideas más copiosas por sus aires henchidos del espíritu moderno, ¡ah! no fué perdonada por sabia, como no lo fuera Venecia por bella, ni Roma por grande: la reacción escupió la saliva de su desprecio á la frente de aquella diosa. Así murió en la embriaguez que le hiciera contraer su exagerada idealidad, incomprendida, tal vez incomprensible. Como si un aire pestilente respiraran estos organismos de progreso en las tierras feudales de Alemania, cayeran al rudo golpe de las tropas insurrectas contra el derecho las dos Asambleas de Viena y de Berlín. Los Profetas pululaban por todas partes, y tras los Profetas congregábanse los héroes que anhelaban morir y ceñían bien pronto las coronas del martirio distribuidas por doquier en las puntas de tantas bayonetas croatas como la reacción había diseminado por todas partes en aquellos cruentos campos de revolución y de batalla. No quedó partícula de tierra en el territorio alemán y sus adyacentes, desde Transylvania y los círculos croatas á Dinamarca, y sus provincias medio germanas, que no se viera empapado en sangre como por los tiempos de la guerra de los Treinta Años. Parecía que todas las fuerzas sociales de atracción se habían perdido y que las nacionalidades extendidas por el viejo suelo de Arminio se disgregaban en repulsiones supremas y se deshacían en ráfagas de imperceptibles átomos. Aunque citara el sublime Kossuth á las marismas del Herzs, por donde corren como en las pampas los caballos indómitos, doscientos mil hombres en defensa del reino de San Esteban; los esclavones llegaron presididos por sus generales de hambrientas exterminadoras espadas y mandados por el czar Nicolás á destruir tan grandiosa revolución. El incendio, el saqueo, las violaciones, todas las plagas de una guerra civil ó internacional cayeron sobre las riberas del Danubio. Parecía reproducirse por los campos daneses, por las colinas rhinianas, desde Pesth á Constanza y desde Copenhague á Viena, el horror á la guerra sucedida dos siglos antes allí, cuando Wallenstein pasaba por todo el territorio alemán como un cometa siniestro; y Tilly descabezaba dos mil escandinavos; y los croatas, en sus borracheras sangrientas, cortaban los pechos á millares de campesinas alemanas, y los austriacos desquitaban sus derrotas, ya empalando los habitantes del Eclemburgo, ya poniendo fuego á las iglesias luteranas con los fieles dentro; y los caballos, como la yegua del Apocalipsis, volvíanse de blancos entre rojos y negros, por la sangre que los manchara ó el humo que los envolviera; y había soldado que se ufana de haber visto atravesados con sus lanzas más de veinte niños, y treinta mil cadáveres yacían por las calles de Magdeburgo, y el aire se tornaba de labora-

torio de la vida esparcidor de la muerte; pues el mundo parecía desquiciarse bajo las plantas de nuestra Humanidad y extinguirse allá en las esferas el sol vivificador. Así los combates empeñados en las calles de Berlín como los combates empeñados en las calles de Viena; y así la heroica tenacidad de los diputados radicales en Francfort como la increíble audacia de los tribunos revolucionarios en Baden y en Hesse y en Sajonia, lo mismo la cruzada Santa de Kossuth que los esfuerzos maravillosos de Garibaldi; tanto sacrificio y martirio, las evaporaciones de lágrimas, los ardores del incendio, los torrentes de sangre, todo se dispó, todo, en una reacción inevitable, la cual extendió su frío silencio sobre las ideas como vienen sobre las siembras los hielos.

En París estuvo la madre de todas estas reacciones el año cuarenta y nueve y cincuenta, como en París había estado la madre de todas las revoluciones el año cuarenta y ocho. Estudiando el elemento generador de la reacción universal, confirmase mi tesis, no se le halla tanto en la implacable cólera de sus enemigos eternos como en las exageraciones de los mismos revolucionarios. El golpe del 2 de Diciembre, y las carniceras jornadas á él consiguientes, conteníanse ya en los anteriores movimientos revolucionarios impelidos por los más ardientes entre los republicanos vencedores en el deseo de adelantar la República ó llevarla más lejos del estrecho límite donde la retuviera una inflexible necesidad. Violó Napoleón III el sagrado de la representación nacional ¿pero no lo había violado antes el partido republicano revolucionario? Al mediar el mes de Mayo en mil ochocientos cuarenta y ocho, Luis Blanc propuso la creación de un Ministerio del Trabajo encargado de las cuestiones sociales y del mejoramiento de las clases trabajadoras. Su discurso tomó los aires y los acentos de revolucionaria proclama. En aquel horno de pasiones encendidas no podían meterse combustibles como los encerrados en estas palabras: «Bajo Luis Felipe os anuncié la revolución del desprecio; guardaos ahora de la revolución del hambre.» La proposición de Luis Blanc fué desechada; negado su Ministerio del Trabajo. A esta negativa enardecieron contra el gobierno y contra el Parlamento los clubs. Y en tal sobreexcitación estallan tristísimas noticias de Polonia. La República y su creador soplo habían galvanizado el cadáver. La nación muerta, disyecta, enterrada en pedazos, pudo sacar la cabeza lívida del sepulcro frío, merced á un relámpago de súbita esperanza, que interrumpiera su pesado sueño de plomo. El tirano que la martiriza de antiguo vuelve á herirla. Nueva sangre sale de aquel exánime cuerpo. Nuevas paletadas de tierra vuelven á caer sobre su triste sepultura, que huellan las herraduras de los caballos del Don, clavadas ¡ay! hasta en los huesos de Polonia. París, el pueblo de París á lo menos se retuerce á estos dolores y los suma con sus impacencias por la nacionalidad polonesa. Dos ilusiones deslumbran á Luis Blanc en esta crisis; creer que bastaba un Ministerio del Progreso y del Trabajo para concluir con la miseria, y creer que podía Francia pasar sobre Austria, Prusia, Rusia, para transmitir el calor de su sangre y las ideas de su espíritu á los infelices polacos.

Mas, en aquel tiempo arreglábase todo con manifestaciones, que añadían á la confusión de los ánimos el desorden y el motín en las calles. La manifestación llega y se forma con miles de trabajadores, curiosos y desocupados que la siguen. Al modo de los ríos, los cuales crecen siempre con sus afluentes, al ir á ella desde la Bastilla célebre á la no menos célebre Concordia, recoge todos cuantos encuentra en su paso y los arrastra en su corriente. Al llegar ante la puerta del Congreso parece un mar, y un mar que todas las pasiones encrespa. Así como el mar alborotado rompe diques y vallas, rompe la población encrespada la verja que rodea el palacio y entra en el sacro recinto de las sesiones como procelosa inundación. Bancos y tribunas parecen ocupados por muchedumbres perturbadas y vociferadoras. Unos asaltan la presidencia; otros desacatan al presidente; y todos á una, desoyendo cuantas advertencias les dirigían los más autorizados y más respetables demócratas, disuelven irreverentes y rebeldísimos la representación legítima nacional. El tambor que suena, el fusil que silba, las ruedas de los cañones que hacen retemblar las piedras, el fragor de los regimientos avanzando, logran disolver el tumulto sin apelar al empleo de la fuerza; pero su disolución anuncia la disolución también del elemento republicano, cuya violencia rejuvenece con estos hechos el 18 de Brumario y prepara el 2 de Diciembre. Mas una República fundada en Febrero, que ha recibido este desacato en Mayo, veráse por completo ensangrentada y ruinosa en el mes de Junio; pero ensangrentada y ruinosa porque la herirán en el corazón los mismos republicanos. La mayor batalla que se había dado hasta entonces, dentro de una población, fué allí empeñada. París ardió por espacio de cinco días mortales. Su dédalo de callejuelas fué erizado de barricadas. Sobre algunas de ellas murieron todos los trabajadores que las defendían; al pie de otras todos los soldados que las atacaban. Los republicanos rojos se levantaron unánimes contra los republicanos conservadores, con una rabia que jamás esgrimieron en el corazón de los tiranos. La guardia nacional perdía de cólera y de rabia la vista en cuanto divisaba las legiones de trabajadores. Por su parte y á su vez éstos cazaban en caza infernal á los milicianos. Era un combate como los antiguos de Roma con sus esclavos. Los trabajadores, hambrientos, febriles, exaltados, apelando al suplicio, más que al combate, parecían Espartaco y sus siervos compañeros sobre la cima del Vesubio. A las descargas de los fusiles, al retronar de los cañones, al rumor de las barricadas que se caían entre aquel estruendo, al centelleo de los incendios, al estertor de las víctimas uníase con algazaras infernales el terrible dilema que decía: «Pan ó Plomo.» Lo más triste del caso era que aquella revolución espantosa no tenía salida. Si eran vencedores, ¿qué pan hallarían los infelices sublevados en el desierto extendido alrededor suyo por la propia victoria? Si eran vencidos, ¿qué vida le quedaba en tal caso á la República, rodeada, como la Niobe griega, de sus hijos muertos todos á sus plantas? La dictadura de Cavaignac sobrevino á consecuencia del desastre. Pero de tamaña desgracia no tenía este honradísimo soldado

la culpa; tenía quien, empujando al pueblo á una revolución sin salida, generaba primero la dictadura de un republicano para traer después la dictadura de un Bonaparte, á cuyos pies cayó, herida ya desde Mayo y Junio del cuarenta y ocho, exánime la República.

Al poco tiempo de tamaña catástrofe halláronse los principales demócratas en el destierro. La sociedad europea de aquel entonces, del cuarenta y nueve y cincuenta, se parecía mucho á la sociedad que surgiera después del imperio romano, á la muerte y extinción de la gran República en el siglo primero. Entonces tras Catón y Bruto, á la dudosa luz de aquellos crepúsculos del viejo mundo clásico suspenso tristemente sobre su ocaso, levantóse un hombre, que parecía como el remordimiento de la Roma cesárea, levantóse Tácito quien, de haber brotado en tiempos de la tragedia griega, en tiempos del inspirado Esquilo, usurpárale su musa trágica, pues nadie hala poseído como él, sin excepción de Shakespeare, y Tácito escribió en lengua cortada, sentenciosa, lapidaria, cual conviene á las inscripciones destinadas para las tumbas, la decadencia irremediable del mundo romano, la epopeya de la muerte del paganismo, como nos escribiera Homero la epopeya de su nacimiento; y así nos ha ofrecido en sus historias y en sus anales, grabados con el hierro candente de su terrible palabra sobre la memoria universal, una época triste por su incertidumbre, pasmosa por sus vicisitudes, atroz por sus batallas, desgarrada de continuo por grandes sediciones; dura en la guerra, cruel en la paz; muchos Emperadores asesinos, muchas contiendas civiles, más aún extrañas; el Occidente conmovido, el Oriente amenazador, los sármatas conjurados contra Roma, los dacios y los bretones más sometidos, Italia destrozada por terremotos, el mar saliéndose de su centro como si quisiera lavar de sus crímenes á la tierra; el Capitolio devorado por las llamas, suspendidas ó profanadas las litúrgicas ceremonias, las islas llenas de desterrados, los escollos teñidos de sangre, trocado el suplicio en premio de toda virtud, la delación hecha escala por todas las dignidades, los siervos levantándose contra sus amos, los amigos vendiendo á sus amigos, así como á sus padres los hijos; las magistraturas todas en una mano, los senadores todos en el polvo, los plebeyos en el Circo, el orbe pasando de un taimado á un traidor, de un traidor á un loco, de un loco á un imbécil, de un imbécil á un pródigo, de un pródigo á un avaro, de un avaro á un epicúreo, de un epicúreo á un glotón, de un glotón á un gnóstico, de un gnóstico á un misántropo, de un misántropo á un asesino, devorados en una orgía donde se mezclan todos los sexos, se cometen todos los crímenes, el robo, el asesinato, el estupro, el incesto, el parricidio, la bestialidad, crímenes que jamás tuvieron un castigo, si Dios no suscitara el genio severísimo, el genio sombrío, el genio justiciero de tan grande historiador, alma única, que no se había manchado en el cieno de la lisonja, para que atormentase á los tiranos por toda una eternidad en el eterno infierno de su historia. Pues algo de lo que pasó en los primeros tiempos de la Roma imperial, pasó en los tiempos de la Francia imperial. Aquella tuvo un Tácito; ésta un Victor Hugo. El gran poeta hizo de las